Populi y el desafío de Barcelona

por F. Xavier Hernández (UB) y Xavier Rubio

EL DÍA 25 DE JULIO DE 1713 UN EJÉRCITO FRANCO-ESPAÑOL COMANDADO POR EL DUQUE DE POPULI y compuesto por unos 20 000 soldados alcanzó el llano de Barcelona. La perspectiva GENERAL MOSTRABA UNA PRECARIA SITUACIÓN PARA LAS AUTORIDADES CATALANAS, QUE APARTE DE BARCELONA TAN SOLO CONTROLABAN CARDONA COMO PUNTO GEOESTRATÉGICO CLAVE.

robablemente Populi pensaba que la capital se rendiría a la vista de esta imponente demostración de fuerza. Sin embargo lo que se encontró fueron unos defensores decididos a no rendirse, ni a encerrarse en la ciudad. En estas condiciones los asediadores optaron por establecer un bloqueo riguroso, para hacer entrar en razón a las autoridades catalanas y forzar de este modo la rendición. El ingeniero flamenco Próspero de Verboom, que conocía bien Barcelona, dirigió las obras de un cordón de sitio que enlazaba los distintos pueblos alrededor de la ciudad, dejando una amplia zona de nadie que sería objeto de numerosos acciones de creciente intensidad a lo largo de los meses.

Al mismo tiempo que establecían el bloqueo a la capital, las tropas borbónicas pugnaron por someter las comarcas del interior de Cataluña, que ofrecieron una resistencia descoordinada. La pugna entre las unidades defensoras destacadas fuera de Barcelona y las columnas franco-españolas acabaría generando, por otra parte, un escenario de represalias contra la población civil que complicó la ocupación del territorio por parte de las fuerzas borbónicas.

Dado este contexto es dificil entender por qué Populi fue incapaz de conquistar la ciudad durante el año en el que ostentó el mando; sin embargo, la posición borbónica no era tan segura como parecía en el papel, como Villarroel se ocuparía en demostrar. En primer lugar buena parte de sus tropas tenían que estar desplegadas en el interior de un país montañoso difícil de controlar. Por otra parte su jefe de ingenieros, Verboom, opinaba que estos y las piezas artilleras disponibles no eran adecuados para un asedio de estas proporciones. Así, sin tropas, cañones, ni técnicos suficientes era difícil acometer la expugnación de las murallas de la ciudad; por razones parecidas se descartaba el ataque

a Montjuïc. Finalmente, y de manera especialmente importante, el bloqueo naval era prácticamente inexistente, cosa que permitía a los defensores mantener una línea de comunicación vital con Mallorca y, de ahí, hacia el Imperio. Así pues, la batalla entre Populi y Villarroel hace surgir la pregunta... ¿cómo consiguieron los defensores llevar al ejército borbónico a esta situación?

IMPROVISANDO UNA CAMPAÑA

El teniente mariscal imperial Antonio de Villarroel, general en jefe de los ejércitos de Cataluña, tuvo poco margen para tomar decisiones. Starhemberg, el virrey, se había ido con lo que quedaba del ejército austracista el día 9 de julio de 1713, veinticuatro horas antes de que se ofreciera a Villarroel el cargo de comandante. Se requería extrema urgencia, ya que los aliados estaban entregando las principales fortalezas y ciudades a sus enemigos. Una pequeña expedición al mando del general Nebot partió el mismo día 9 de Barcelona con el fin de intentar impedir la entrega de Tarragona, pero fue derrotado en Torredembarra; Barcelona, aislada, solo iba a poder contar con la antena de Cardona.

Villarroel se enfrentó a la inminente catástrofe con celeridad. En primer lugar se dedicó a la rápida organización de un ejército regular, dado que las tropas de las Dos Coronas no tardarían demasiado en atacar. En segundo lugar intentó fortalecer los puntos más débiles de Barcelona, cuyas murallas medievales y renacentistas estaban técnicamente anticuadas pese a su excelente factura. Desde mediados del siglo XVI las murallas de la ciudad habían conocido permanentes modificaciones. Contaban con un amplio foso y la muralla medieval, convertida en parapeto, disponía en su parte interior de un amplio grosor. Sin embargo, el numero de ba-

► Un oficial de las Reales Guardias Españolas reprende por su conducta inapropiada a dos soldados borbónicos, del Regimiento Castilla (izquierda) y del Régiment Anjou respectivamente, durante las primeras fases del asedio. Si las condiciones de vida para los sitiados en Barcelona fueron duras, cabe decir lo mismo para los soldados de las FUERZAS SMADORAS, especialmente durante el crudo invierno de 1713-1714. La moral de las tropas borbónicas, hacinadas frente a la ciudad en acuartelamientos improvisados, a merced de las indemencias meteorológicas y escasas de suministros de todo tipo (Populi denuncia que es "universal la desnudez, en que se halla asi la infantería, como la caballería", así como las carencias alimenticias y la falta de pagas), se deterioraba considerablemente al tiempo que crecian las deserciones. A esto habría que sumar quizás el peor enemigo de todo ejército, la inactividad, amenaza que planea sobre todo sitio prolongado y que llevaba a los soldados más. a buscar diversas formas de matar el tiempo. De la amplia variedad de JUEGOS DE AZAR existentes en la época, como los naipes o el bisbis, los dados eran tanto el más popular como el que más se asociaba a conductas inmorales, como el abuso del alcohol y del TABACO. El consumo de este último se había generalizado tanto en la segunda mitad del siglo XVII —hasta multiplicarse por diez en la propia Barcelona durante la década de 1660, donde se vendia en las droguerias (algunas de las que empezaron ya a denominarse "tiendas de tabaco") bajo diversas formas (picadura, en hoja, en rollos, sin curar) y de distintas procedencias— que los desvelos logísticos por mantener a las fuerzas sitiadoras provistas de tabaco eran equiparables a los relativos a su alimentación.



Fragmento de una PIPA DE CAOLÍN, Barcelona, finales del XVII-principios del XVIII, de probable procedencia inglesa u holandesa, fondo del MUHBA en El Born Centro Cultural, exposición permanente

▼ DADOS DE HUESO, Barcelona, finales del XVII-principios del XVIII, fondo del MUHBA en El Born Centro Cultural, exposición permanente Barcelona 1700. De las piedras a las personas. En el yacimiento, además de dados en su tradicional forma cúbica, se han encontrado ejemplares muy singulares, como el de la imagen, con esquinas apuntadas.

luartes era escaso y la distancia entre ellos era, en la mayor parte del trazado, excesiva para los cánones de la época. Mientras que en ese momento se diseñaban los baluartes para darse apoyo mutuo a tiro de fusil (unos 80 metros), la distancia entre baluartes adyacentes clave como los de Portal Nou y de Santa Clara excedía los 400 metros. Por otra parte las defensas carecian de una primera linea compuesta por revellines y contraguardias, por lo que los muros estaban totalmente expuestos al fuego de las baterías artilleras enemigas. Tales casuísticas eran ya insalvables a esas alturas y lo único que pudieron hacer los ingenieros fue remozar las partes más débiles y reforzar la estacada.

La creación del ejército y la mejora de la muralla iban destinadas a asegurar la capacidad de resistencia de Barcelona a corto plazo. Una vez evitada la caida, Villarroel tenía que intentar desarrollar un plan operacional más allá del bloqueo a la ciudad. Para ello disponía de buenos oficiales y mandos, con los que pudo organizar una eficaz plana mayor. Algunos de los altos mandos eran, sin embargo, poco fiables, probablemente a causa de la precaria situación bélica; así, por ejemplo los generales de infanteria Ortega y Martí, y el mariscal de campo de ingenieros Francisco de Santa Cruz, entre otros, acabaron desertando.

El plan diseñado por Villarroel se organizó alrededor de tres grandes ejes: una campaña en el interior del territorio orientada a desestabilizar a Populi, una línea de comunicaciones con Mallorca capaz de burlar el bloqueo marítimo y una defensa activa alrededor de Barcelona.

LA GUERRA EXTERIOR

Fracasada la tentativa sobre Tarragona, las posibilidades de las autoridades catalanas fuera de la capital eran limitadas. A principios de agosto de 1713 había todavía tres plazas importantes que no habían sido ocupadas: Cardona, Castellciutat y Hostalric. Cardona, gobernada por Manuel Desvalls, optó decididamente por la resistencia y fue reforzada a finales de julio con 90 soldados del Regimiento de la Ciudad, dos compañías de infantería regular y dos de granaderos. Castellciutat, que contaba con una guarnición de 4 compañías del regimiento de la Diputación y un nutrido grupo de fusileros, estaba gobernada por el general Moragues, que mantenía una posición ambigua con respecto a la resistencia. Finalmente, Hostalric tenía un futuro aún más incierto, ya que seguía en manos de tropas imperiales en espera de la evacuación.

La primera operación exterior que se planteó Villarroel fue una expedición para impulsar la rebelión del país, ocupar Hostalric y asegurarse la posesión de 600 caballos comprados al general imperial Wallis. Este oficial imperial no tuvo posibilidad de embarcarlos y su adquisición podía ser determinante para la creación de una necesaria caballería.

La expedición, comandada por el diputado militar Antoni de Berenguer con el apoyo del general Nebot, salió de la capital el 9 de agosto. Fue un fracaso absoluto; Berenguer socavó sistemáticamente las iniciativas de Nebot, impidiéndole ocupar la importante localidad marítima de Mataró cuando esta población estaba indefensa. El motivo es que estaba repleta de nobleza botiflera (proborbónica) y Berenguer quiso evitar un más que probable saqueo cuando aún había posibilidades de diálogo. El siguiente mazazo fue la entrega de Hostalric a los borbónicos, dado que los oficiales imperiales no querían verse involucrados en la campaña. Finalmente se perdieron la mayor parte de los 600 caballos que ayudarían a formar la caballería catalana. Durante los meses de agosto v septiembre la columna deambuló sin objetivo por Cataluña, perseguida por destacamentos borbónicos. Llegaron a la Cerdaña pero no pudieron asegurar la obediencia de Castellciutat ya que Moragues no quiso ceder la fortaleza. Pasaron por Cardona y finalmente llegaron a Alella, desde donde los jefes embarcaron el 5 de octubre tras dejar abandonada a la tropa. Así, la expedición no cumplió ninguno de sus objetivos y en el camino perdió centenares de soldados y hasta una fortaleza, puesto que Moragues rindió inexplicablemente Castellciutat a los borbónicos a principios de octubre.

Villarroel, que desconfiaba del mando de la expedición, envió una nueva columna fuera del cordón de asedio. Esta vez el comandante era el marqués del Poal, veterano oficial de la máxima confianza. Sus objetivos eran fomentar la rebelión y la recluta, socorrer a la primera expedición y asegurar el control de la vital plaza de Cardona, único baluarte austracista en el interior del territorio junto a algunos castillos como Castellbell o Sant Martí Sarroca.

Poal demostró unas capacidades mucho mayores que las de su predecesor. El marqués logró organizar sus fuerzas en un mando unificado e inició una larga campaña bajo las reglas de la incipiente petite guerre. La extrema movilidad de sus tropas (compuestas básicamente por caballería y fusileros de montaña) le permitió esquivar combates desfavorables y golpear a las tropas borbónicas en numerosas ocasiones.

A pesar de la escasez de recursos el ejército de Poal alivió la presión contra Barcelona, ya que el continuo empeño de numerosas fuerzas contra él impidió la concentración de recursos necesaria

> para un asedio en las formas. Sin embargo, la rebelión generalizada que estalló en Cataluña a principios de 1714 no respondió a los éxitos de Poal, sino a las acciones borbónicas. La dura política fiscal en las zonas controladas, complementada por nu-

> > merosos saqueos, sirvió para financiar las fuerzas borbónicas, pero al mismo tiempo provocó la movilización espontánea de somatenes locales que, al margen de Poal, y por su cuenta y riesgo, iniciaron acciones de resistencia ar

mada. Una de las más significativas fue el combate de Arbúcies del 13 de enero, en el que los somatenes emboscaron a una columna borbónica y le infligieron 500 bajas. También hubo duros combates en el monasterio de la Gleva y en Balsareny, donde resultó capturado el Regimiento de infantería de León. La columna de prisioneros borbónicos se encaminó hacia Cardona pero los miquelets, atemorizados por la presencia de nuevas tropas felipistas, optaron por degollar a los centenares de soldados capturados junto al castillo de Ginebret.

© Javler Gómez Valero

A lo largo de toda la campaña la violencia sacudió duramente la Cataluña central, los incendios y saqueos de masías, pueblos y ciudades fueron continuos (Sallent, Terrassa, Manresa, Torelló, Sant Feliu Sasserra, Caldes de Montbui, Sitges, Moià, Peramola, Prats de Lluçanès, Sant Hipòlit de Voltrega...). En algunos casos, como en Sant Quintí de Mediona, los incendios se acompañaron con asesinatos masivos de población civil.

Esta rebelión ocupó cada vez más recursos borbónicos, a la vez que Poal consiguió un número creciente de reclutas para su ejército, que en la primavera de 1714 llegaría a tener unos 4000 soldados.

Probablemente Villarroel no se hizo nunca ilusiones sobre las posibilidades de usar esta fuerza para romper el cerco. Ciertamente la creciente amenaza del ejército de Poal era muy útil para distraer fuerzas, pero no parecía suficiente para abrir una brecha en el bloqueo. No solo era un problema de desproporción de fuerzas, sino que además el número de monturas era limitado. Esto haría difícil cruzar las planas que rodean las cercanías de Barcelona a la vista de las numerosas unidades montadas borbónicas. Las autoridades civiles incluso tantearon la posibilidad de usar el regimiento de la Coronela, con la bandera de Santa Eulalia, para atacar simultáneamente la línea de sitio desde Barcelona. La idea no pasó de las primeras especulaciones, probablemente por la negativa de Villarroel a arriesgar tropas vitales en una iniciativa con pocas posibilidades de éxito.

EL FRENTE MARÍTIMO

El cordón terrestre borbónico fue complementado por un bloqueo marítimo. Desde el primer momento Mallorca, en manos de los imperiales, se convirtió en el cordón umbilical entre Viena y Barcelona. A través de Mallorca fluyó el tráfico de armas y alimentos con las costas italianas, bajo control del emperador. El virrey marqués de Rubí, en principio siguiendo instrucciones de Carlos, llevó una política de hechos consumados en favor de la rebelión barcelonesa. Pese a ello, para mantener viva esta línea de comunicación se necesitaba una marina y Barcelona la tuvo que improvisar. El mismo 9 de julio de 1713 el Consejo de Ciento tomó medidas para asegurar la defensa de la costa con la compra y artillado de 7 embarcaciones de las que se encontraban en el puerto, a los que se sumaba una fragata artillada y una barca con 6 cañones financiadas por la familia Dalmau. Había también otra

barca armada con 17 cañones, financiada por la ciudad.

Estos precarios recursos aumentaron sustancialmente el 25 de octubre de 1713, cuando 4 navíos de guerra equipados en Mallorca entraron en Barcelona escoltando un convoy de abastecimiento. Los nuevos barcos eran el navío genovés Nostra Senyora de la Mercè i Santa Eulàlia (34 cañones), el Sant Francesc de Paula (28 cañones), el Sant Josepet (transporte ibicenco de 20 cañones) y finalmente una fragata francesa capturada y rebautizada como Santa Madrona (24 cañones). Las tripulaciones de la pequeña flota se reforzaron con 375 huérfanos de la Casa de la Caridad, que ejercieron como marinos y artilleros.

La intensa actividad de estos navíos combinó la escolta de convoyes desde Mallorca con las operaciones ofensivas; Barcelona se convirtió en un floreciente puerto corsario durante 1713, año en que se contaron más de 40 capturas.

UNA DEFENSA ELÁSTICA

En cuanto a la defensa de Barcelona misma, Villarroel opto por una estrategia adecuada a los recursos existentes. Descartó cerrar el paso borbónico hacia el llano de Barcelona para evitar una batalla campal en los primeros días. Sin embargo, necesitaba mantener al enemigo lo más lejos posible de la ciudad con el fin de controlar la amplia franja de huertos y viñedos que se extendía junto a la muralla, una fuente de alimentos vital dada la previsible escasez futura. Por ese motivo se decidió a convertir esta zona en un campo de batalla; si el enemigo quería plantear un sitio en las formas debería desalojar a los defensores de la intrincada red de muretes, acequias, cobertizos y masías que rodeaban la ciudad. De manera adicional este territorio sembrado de pequeños obstáculos era idóneo para plantear acciones defensivas, y en él los miquelets de Villarroel, forjados en la iniciativa, la petite guerre y las banderías, podían desenvolverse con mucha más soltura que las tropas borbónicas.

Esta defensa elástica y periférica se basó en el control de diferentes puntos estratégicos por todo el exterior de las murallas; mientras el nuevo ejército ocupó estas posiciones avanzadas la milicia de la ciudad, la Coronela, cargó con el peso diario de las guardias, tanto en las murallas de la ciudad como en la vital fortaleza de Montjuïc.

Precisamente esta fortificación había sido la clave de los dos asedios anteriores a la ciudad. Por ello Villarroel no corrió riesgos y destacó en Montjuïc una tropa de 400 soldados regulares. En la línea de comunicación entre Barcelona y Montjuïc destinó una guardia nocturna extra de 300 soldados de infanteria y 100 de caballeria, y uno de los llamados batallones de Quarts, compuestos por civiles armados. En el convento de Santa Madrona, al pie de Montjuïc y por sus laderas se desplegaron compañías de fusileros de montaña. En la Creu Coberta, para cubrir los accesos al baluarte de San Antonio, y de manera casi permanente, se dispuso una numerosa fuerza de ca-



ballería lista para cualquier iniciativa o imprevisto. El convento de los Capuchinos, en las cercanías del Portal Nou, se convirtió en una fortaleza exterior dotada de artillería y custodiada por 250 soldados regulares. En las inmediaciones del convento, en la Creu de Sant Francesc, se apostó la denominada Gran Guardia de Caballería, dispuesta a todo tipo de iniciativas de ataque o defensa. Desplegadas a lo largo de este anillo de la ciudad se encontraban también los vivaques y bases de numerosas compañías de fusileros de montaña, con amplia iniciativa para dar golpes de mano, hostigar y aterrorizar al

enemigo. La defensa también contaba con un cuerpo de 400 soldados de infantería y 200 de caballería de reserva ubicados en las Atarazanas. Estas medidas se complementaron con otras tendentes a levantar la moral y el espíritu guerrero de la población tales como exponer en público la bandera de Santa Eulalia. El conjunto de fuerzas de Villarroel en Barcelona puede estimarse en unos 4000 soldados regulares y 4700 milicianos de la Coronela.

La estrategia de Villarroel fue, sin duda, acertada; durante un año los asediadores fueron incapaces de estrechar el cerco. Cier-

tamente la extrema situación de los defensores era uno de los motivos, ya que para las autoridades catalanas no había marcha atrás. Esto generó una compleja relación entre el poder militar y el civil que el general en jefe supo sortear hasta el verano de 1714. Villarroel siempre tuvo una idea clara de sus objetivos, ya que la resistencia a ultranza fue diseñada para aguantar hasta que la situación internacional se volviera a su favor o se forzara la desintegración del ejército de las Dos Coronas frente a Barcelona, como ya había pasado en 1706. Por su parte el comandante borbónico, Populi, centró sus esperanzas en evitar un asalto y que la ciudad sucumbiera por el hambre y la miseria. Esta decisión ha comportado que se le tache de incompetente, juicio que por otra parte no tiene en cuenta las dificultades a las que se enfrentaba, que como hemos visto no eran pocas.

LA DESESPERACIÓN DE POPULI

Roses

0

A partir de abril de 1714 Populi cambió su estrategia e intentó someter la ciudad a base de bombardeos. Más de 10 000 granadas explosivas disparadas por morteros cayeron sobre la ciudad, destruyeron centenares de casas y acabaron con la vida de numerosos civiles. La población aguantó el ataque como pudo, evacuando el casco urbano y viviendo en las playas de San Beltrán, bajo la protección de Montjuïc. Como ya avisaba Vauban en sus tratados, los bombardeos sobre civiles, además de ser extremadamente costosos (debido a la pólvora y munición gastada) no conducían a nada, y en este caso no consiguieron doblegar la moral de los defensores; a principios de junio de 1713 Populi paró el ineficaz ataque sobre la población.

Al mismo tiempo se desarrollaron continuos combates en las cercanías de la ciudad. En mayo los borbónicos capturaron el vital convento de los Capuchinos, pero ello tampoco permitió iniciar el asedio en las formas. Esta pasividad duró meses y contrasta de manera extrema con la defensa activa organizada por Villarroel. Sus miquelets decidían cuándo y dónde atacaban, consiguiendo superioridad numérica en determinados sectores del cordón en los que poder ejecutar golpes de mano. Al mismo tiempo los duelos artilleros eran constantes, especialmente de noche gracias al sistemático uso de bengalas por parte de los artilleros catalanes.

Pese a todas las dificultades, Populi fue conquistando lentamente los baluartes de los defensores. Las posiciones de Can Navarro y el convento de Santa Madrona se volvieron insostenibles por la proximidad enemiga y fueron abandonadas. Sin embargo, este desgaste fue pasando factura al ejército borbónico, cuya impotencia se tradujo en un importante flujo de desertores del cordón hacia la ciudad, defecciones estimuladas por el compromiso de pagos por parte de los defensores. Los sitiados no eran tampoco ajenos a las deserciones, pero las pequeñas victorias fueron cohesionando al ejército, mientras que la aparente impotencia de Populi les dio esperanzas de una resolución favorable.

Este equilibrio en Barcelona se fue alargando durante meses, mientras que la situación en el resto del territorio parecía cada vez más inestable. Como bien sabía Luis XIV, esta situación de tablas era muy peligrosa ya que cualquier revés podía desmoronar el equilibrio europeo. Francia necesitaba una solución urgente y rápida para evitar los caprichos del azar, por lo que el Rey Sol decidió poner a su mejor pieza sobre el tablero catalán: el duque de Berwick.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

Bruguera, Mateu (1871): Historia del memorable sitio y bloqueo de Barcelona y heroica defensa de los fueros y privilegios de Cataluña en 1713 y 1714. 2vols. Establ. Tip. Ed. De Luis Fiol y Gros. Barcelona.

Castellví, Francisco de (1999): Narraciones Históricas (4 vols). Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Pèrcopo. Madrid.

Sanpere y Miquel, Salvador (1905): Fin de la nación catalana. Tipografia L'Avenç.

► Bibliografia completa en www.despertaferro-ediciones.com



Francesc Xavier Hernàndez Cardona es doctor en Historia Moderna y Contemporánea y catedrático de Didáctica de las Ciencias Sociales en la Universidad de Barcelona. Ha participado en proyectos de musealización de diversos espacios poliorcéticos modernos -murallas de Dalt Vila (Eivissa), Ceuta, Melilla-, ha impulsado y participado en la excavación arqueológica de campos de batalla (Almenar, Prats de Rei, Talamanca, espacios de la batalla del Ebro...) y es autor y coautor de diferentes trabajos sobre historia militar, con una especial incidencia en la Guerra de Sucesión y en la Guerra Civil española.



Xavier Rubio Campillo es ingeniero informático y doctor en Didáctica de la Historia y el Patrimonio. Es investigador en el Barcelona Supercomputing Centre, donde desarrolla nuevas técnicas de investigación aplicadas a las humanidades, en particular en el ámbito del conflicto bélico y la arqueología de campos de batalla. Está especializado en el estudio de la Guerra de Sucesión española. Ha participado en la excavación de batallas como Talamanca, Oudenaarde o Prats de Rei, y ha publicado numerosos artículos y libros sobre el tema. Es administrador del Museu Virtual de la Guerra de Successió

(http://guerradesuccessio.cat).